El desafío de Joseph Stalin

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

El desafío de Joseph Stalin (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Más allá de lo enunciado asertivamente en los textos de historia, en Yalta hubo un claro desencuentro entre Churchill y Stalin, pese a la común presunción de que las bajezas ancestrales de la guerra jamás se repondrían. Ambos se extenuaron sin una dirección precisa en la búsqueda de palabras que reflejaran un concierto. Y no hubo repudios entre los que habían hecho un compromiso con propósitos didácticos o moralizadores. Pero ese período de diálogo se les salió de las manos, aunque hicieron notables esfuerzos de revisar al mundo desde ángulos menos esquemáticos. Churchill fijó hitos que no eran contrarios a las tradiciones, sin cuestionar lo primordial que los pueblos habían conseguido.

Sin embargo, la guerra volvería a justificarse dentro del nuevo orden, y la paz será un dato que se olvidará durante la primera parte de esa transición. Se alzaría una frontera de acero más allá de lo estatuido durante aquellas perezosas reflexiones en las que se esparcieron signos llenos de buena voluntad y aprecio. Fue Roosevelt quien sentenció algo noble acerca de la pobreza, pero no intentó clarificar nada. No puso a prueba reconocidos prejuicios.

Pronto, Churchill y Stalin se convertirían en adversarios reales y fantasmagóricos que tratarán de convencer a otros pueblos de sus modelos por la fuerza o con genuinas dotes retóricas (si reconocían la habilidad de los signos). Instigarán vastas operaciones culturales para demostrar la superioridad de sus respectivos modelos. Y en el rostro de Stalin se dibujaba una pétrea sonrisa al saber que de él dependía la guerra o la paz, ya que sin dudas, recorrería numerosos artilugios con el designio de demostrar que sus categorías eran sinceras.

Era inevitable que Churchill se asociara junto a los Estados Unidos en contra del soviético, y que se sacralizara con terror al nuevo enfrentamiento, a la guerra fría cons desmesuradas tensiones y pruebas nucleares. Sin embargo, en Yalta, ese futuro mundo de aprensiones era apenas un ensayo que pocos hacían con la imaginación. Hubo discursos llenos de indicios que negaban viabilidad a las nuevas guerras, y Stalin resaltaba que la memoria no debía volverse frágil. Por lo que nunca sucedería la fagocitación indiscriminada del otro ni habría descentrados

combates en diversas partes del mundo. El soviético suspendía su voz y la entrecortaba, para que esta no se escapase del sentido puro que quería darles a sus palabras: estas se mantenían dentro de los límites de las enunciaciones de paz. Se creía que la armonía nacería sin perjuicio de los distintivos sistemas políticos, puesto que los hombres que habían vuelto de los campos de batalla no permanecerían mudos.

Dentro de las enciclopedias en las que se ilustró lo ocurrido durante la Conferencia de Yalta se colocaron fotos llenas de pasividad, en las que se hacía representaciones dichosas del futuro. Roosevelt sentado, cansado, y melancólico, Churchill intercambiando medias sonrisas con el fotógrafo, y Stalin pasmado, impulsando su mirada a extremos indefinibles. La amistad entre los pueblos sería algo atemporal según dictaba un meritorio folleto que había sido publicado en la prensa.

Tanto Churchill como el dictador soviético registraban la paz como la única condición dentro de la nueva época. Pero ambos rivalizaban… y Stalin no cesaba de mostrar al otro, algunas de las vidrieras de la cultura soviética que ansiaba liberar al hombre: elevarlo al concederle un sentido socialista a la libertad. Este se convertiría en el productor celoso de la tierra, y no habría nada verdadero en el que no aplicase su maestría. El georgiano proyectaba sobre su ilustre visitante a todas las conquistas civiles que supuestamente se basaban en un pacto racional entre ciudadanos que querrían una sociedad mejor. Se levantó, tomó una copa que antes había sido su piedra de toque, y rompió su discurso con un brindis cuyos pretendidos componentes serían históricos. Aprovechó para insertar publicidad a ese momento, sin que nadie sufriera menoscabos.

Con risotadas vaporosas y quintaesencias matemáticas (que eran parte sustancial de sus observaciones), Churchill respondió a las críticas de Stalin que no fallaron en ser desplegadas. No habló de pesadillas ni periodos de insomnio, sino que destacó a su experiencia dentro de una soñada época de creación. Celebró episodios vanguardistas de los británicos, mientras fumaba grandes cigarros que refrenaban un poco a su taimada elocuencia (creía que su voz tan trillada con recuerdos, salía sublime de su garganta). Había deducido que los rusos no gozaban de un "Estado de Bienestar", o que aquello era un ideal atravesado por la ignorancia. Y que muchos vivían en fondos que no eran más que altisonantes decorados que colocaban sobre sus pobrezas. Puso en el terreno a sus instintos, a los deseos que se le incrustaban, con realismo que recuperaba al ritmo regenerador de ciertos himnos de antaño (siempre fue fundamental al cimentar los absurdos, que los ejes del ideal y la mentira se fundieran).

Churchill se predispuso a caminar con liberalidad ante cualquier laberinto que se le pusiera enfrente. Y para demostrar la futilidad o la dura cerviz del otro, aceptó su desafío sin aducir desidia o impedimentos físicos. Seguía viéndose a sí mismo como un hombre joven que se metía sin

pánicos en la oscura noche. Tampoco quiso raspar con negadores alientos a la conmemoración del cercano Triunfo. El británico no dominaba a la reunión, pero hizo algo equivalente a través de una manifestación de buena voluntad que no se ajustaba a la lógica. Había cedido frente a los argumentos de su anfitrión con el fin de vencer a los estereotipos.

Las consignas de Stalin en el Palacio de Livadia se apilaron en puentes ostentosos, poblados construidos con embrujos que duraban un solo día, y definidas obediencias del pueblo a las sabias élites del gobierno. De las regiones frías a las que se recostaban sobre las aguas del Mar Negro, nada escapaba a los lineamientos del partido que debían ser inconfundibles. El hombre de acero ejercía al comunismo con malicioso entusiasmo; este era la poesía que brotaba de sus labios cuando el vodka no se le nublaba la mente y aún se sentía suspicaz. Nada escaparía a sus influjos y condiciones, y al violento despertar de la conciencia histórica de los pueblos, con los atributos perfectos con que la definía. Extendió su vista, cerca estaba el mar con sus contradictorias mareas, y fijó un patrón bromista en ese círculo en el que no cesaba de ejercer la más fina verborragia. Manejó a esa posibilidad singular que podría ser satírica, después de relacionar las propiedades del Partido con repetidos sustratos irreales.

Churchill razonaba que nada se obtendrá de las sangrientas falacias que en vez de liberar al hombre del bruto yugo del trabajo, lo remitía a futuros inciertos. Pero asintió a esa serie de lugares comunes propagandísticos con un ordenado ánimo (en esos momentos percibía a los aliados como una unidad y no quiso dividir al naciente mundo en parcelas, aunque sospechaba que la ruptura se produciría inevitablemente). Haría que los vértices del Reino Unido y la Unión Soviética se tocaran al menos por las horas en que persistiría la ejecución del reto propuesto por Stalin. El hombre se había hastiado de la rusticidad de ese lugar y de los siglos de historia que lo precedían, y sería el protagonista de algo hipotético que otros hubieran ubicado en una lista de cuestiones dudosas. El reto de Stalin era una imagen o una síntesis, y no cumplía con lo específico de una política.

Al aceptar al arrasador desafío del "tío Jo", Churchill alzó la copa en el brindis que fue subsecuente al anterior. Aclamó al paisaje que lo rodeaba, a los presentes en esa cumbre, a que pronto menguaría la ferocidad de ese siglo… y se comprometió someterse a una angustiosa metamorfosis con el objeto de experimentar cómo vivían los pobres. Se introducirá dentro de un personaje para desentrañar a misterios más propios de géneros literarios que los que son resueltos por una autoridad gubernamental. Estaba radiante; su fuerza no había decaído, y no objetó aquello que tal vez resultaría embarazoso e incomprensible.

En última instancia lo consideró su deber de conciencia, un desafío al que decidió someterse con la idea de establecer un vínculo más estrecho con

el georgiano y algún tipo de complicidad. También quería que el optimismo venciera a sus pesimismos profundos.

Joseph Stalin puntualizó con vehemencia en qué consistiría ese juego durísimo. Será un apartado instante en que su contraparte perderá la libertad y será un infeliz cualquiera, un sujeto que pondrá a prueba sus reflejos en las ruinas de una bombardeada ciudad. Alguien que circulará desapercibido en la capitalista Londres bajo el yugo de las indiferentes élites que conservaban un poder señorial y perpetuo (para Churchill aquello fue increíble, no obstante, ansiaba fundamentar su fama de provocador).

"Al no poder desplegar voluntariamente sus pasos, se dará cuenta que el valor del comunismo no es truculento, sino lo correspondiente a una verdadera reflexión política determinada a aniquilar la pobreza desde sus entrañas ", dijo Stalin con tal emoción que se limpió con un pañuelo a las márgenes húmedas de su bigote que se pegotearon a los labios, mientras estiraba con inquietud a su ceja izquierda.

Agitó su cabeza como evitando una leve alucinación, y señaló que con ese enfoque plasmarían un acercamiento lleno de sinceridad. Existía una línea divisoria no sólo tangible, sino también rabiosa, entre ricos y pobres. Stalin creía reunir la majestad del Estado, y que, sin él, éste se derrumbaría; era el hombre fuerte que evitaba que la Unión Soviética girara de acuerdo al azar o sistematizase variantes erróneas.

Jocosamente se abstuvo de parlotear acerca de geopolíticas, pero no de la imprescindible doctrina de la lucha de clases. Luego tomaron un poco de más vodka y dieron cauce a la retumbante labor de contar anécdotas. Y permitieron qué sucedieran, cómo siempre, los atávicos vuelos de cuervos que definían si era día o noche, y por dónde corría la sangre. Había sido una propuesta que vista bajo la pálida luz de aquel sol no había tenido una seria finalidad.

Churchill fue tentado a pasar un día como mendigo sin tener a disposición un chelín: En sus bolsillos sólo habría agujeros; pasaría por alguien marginal que perdió su equilibrio al vagar por las desoladas culminaciones de la ciudad. Otros le ordenarán que se detenga y los tendrá que acatar sin quedar furioso o desmejorado. Omitirá o modificará a su proverbial léxico arrogante.

Generando largas y bien estructuradas frases con elogiosos adjetivos, el primer ministro británico no rehusó ese acertijo de no saber hacia donde se dirigiría, o de quedar expuesto a las indudables tormentas que se cernían sobre cielos, tierras y océanos (que en Gran Bretaña forman una triangulación).

En esa jornada repiquetearon como agudos gorjeos los dichos de Winston Churchill y Joseph Stalin, que actuaron con entereza para disimular la acérrima enemistad que los unía. Churchill dijo: "El águila debe permitir a las pequeñas aves cantar, sin importarle que canten".

Pronto se conmovieron por el triunfal alborozo del fin de la guerra que en Franklin D. Roosevelt se tradujo en un gemido. Éste señaló que a partir de ahí había que evitar las intrigas y las malditas fricciones. La paz debía ser inalterable, incorruptible, y no una mera contingencia. Pese a considerar a aquel desafío como una caótica pestilencia, Roosevelt se avino a ser un frío testigo, demoledor, pero con los escrúpulos de un jilguero (en algún punto se darían cuenta que aquello era un absurdo y una improvisación). Sintió que era la estupidez lo que cerraba a la tarde. Esos dos sembraban una oscura paradoja, cuando debían trabajar exclusivamente en la creación de un nuevo orden. Pero discrepar no servía de nada, y sólo dijo que no era lícito esbozar en un pueblo las soluciones del otro, mientras con su bastón pegaba a las baldosas que lo llevaban lentamente hasta una esquina. Los tiempos se saturaron con falsedades. Había rechazado como inútil a ese trato, pero no lo denunció por haber quedado preso de ese clima fervoroso o debido a su intransigente humildad.

Franklin D. Roosevelt no se mostró alarmado, pero estaba seguro que esa provocación fue una proclama deshonesta, al equivalente a dormir en un establo antes de que anochezca, insinuaciones que nunca alcanzarían para crear leyes justas, sino anatemas, arañazos en la frente y bofetadas en la mejilla.

Ese era un asunto que había que borrar de la historia, censurarlo rápidamente como a cualquier elemento apócrifo. No se trataba de una espléndida demostración ni algo de provecho, sino de un escándalo. Franklin intuyó a aquello como un dramático fracaso del camino racional. Imagínense: tremendas guerras de tanques serían reemplazadas por una de pantomimas.

II

Luego de dejar el poder y andando entre multitudes que se movían al menudeo, Churchill se convirtió en un don Nadie qué se arrastraba despaciosamente hasta encontrar un punto en donde reacomodarse dentro del distrito de Hackney. Se había organizado en torno a esa gran aventura, o al menos se ceñía con exactitud a esta con la intención de hacer una investigación audaz y creativa. Había sobrepasado varias casas y sentía que su progresiva inserción en el espacio lo llevaba a balancearse en demasía. Se animaba a atravesar las bocacalles representando al cándido papel de un viejo que después de la guerra presumía seguir estando vivo. Su itinerario era apasionado, aunque por momentos se detenía y se sentía débil. Aún era un sinónimo de experiencia y saber, y

su personalidad era muy fuerte.

Se hacía pasar por una persona de excelente humor que buscaba a su familia, y que atestiguaría a sus oyentes acerca de su grandeza a través de un relato candente y abierto al más vasto panorama. Estaba feliz a pesar que algunos de sus interrogantes se multiplicaban. Su rostro se enjuagaba en un grueso maquillaje, seguía sonriente y no parecía envejecido. Actuaría como un bruto porque no le quería restar veracidad a su personaje.

Observó los variados extremos de la calle, las aceras rotas y a los espontáneos basurales que surgían en algunas esquinas. El sol por momentos se agrandaba, y algunos niños corrían tras la meta de tender sus barriletes. Examinó lo que le salía al paso con mucha atención, antes de encontrarse con sus interlocutores principales con quienes, sin duda, efectuaría jugosos diálogos. Eso ya había sido agendado, aunque esas personas no sabían que cosa les aguardaba (por supuesto que no les ofrecería ninguna explicación de su truco). Les hablará en contra de las tiranías para que no se adormeciesen. Estaba seguro que cultivaría sus encantadoras oratorias una vez más.

Descontento por ambular con movimientos mecánicos, Churchill se sentó en un banco para dilucidar la conveniencia de continuar con esa charada que ya no era incipiente. Había construido esa ficción para destituir aquellas inquisiciones impertinentes que una vez Stalin le planteó con una inalterable sonrisa en su rostro. Cumpliría con el desafío del zar ruso que le exigía un disparatado gasto de energías. Y lo haría con el ánimo de un soñador, y no el de un fantasma depravado que se arrumaba durante las vigilias diurnas.

Así, salteó varias casas hasta presentarse en una cómo vendedor de serruchados ramajes de los árboles caídos (que se harían leña y luego fuego crucial) bajo el nombre de Ted Fergurson. Un tipo que desfilaba por las calles con la laudable motivación de favorecer a los vecinos con su pequeño comercio.

Winston pergeñó con insuperable indefensión a ese personaje que parecía haberse revolcado en el lodo, y al desfilar por esas callejuelas mitigó a su contrariado orgullo. Hasta el momento apoteótico de su actuación mantendría la calidad de indigente (pero nunca pasaría por un necio).

Pronto, golpeó a la puerta de la familia Brown con el sano interés de despreocuparse en esa jornada de su personalidad política. Aquello lo diagramó en colaboración con los agentes de seguridad, que no comprendieron en forma clara que cosa intentaba el viejo primer ministro. ¿Cuál era el trajín que la potencia de su espíritu lo había conminado a emprender? Tan sólo debían vigilarlo desde lejos y no hacer una lectura

directa de lo que parecería alocado. Les había explicado cómo se haría esa operación bajo el cuadrado esplendor que se formó alrededor de uno de los castillos antiguos del Londres.

Durante ese día el cielo se mostró colores de errática disposición, Winston Churchill se supo protegido por el anonimato. La lección que estragará al dictador soviético, le será enviada través de una gigantesca foto en donde al inglés se lo verá disfrazado de mendigo dentro de un entorno que hasta entonces había imaginado sin mucha lealtad. Churchill no temió entrar en riesgosas circunscripciones en dónde podría ser atacado por quien podía llevar un puñal, o papeles que serian fácilmente definidos como traiciones escritas a máquina… o rarísimas ediciones de libros, señuelos en prosa de gente malquistada debido a las naturales problemáticas de la posguerra.

Más allá de esas chistosas ocurrencias del ex primer ministro, éste se orientó bien en ese estólido ámbito de trincadas arterias con un petaca que de vez en cuando se llevaba a la boca en el fingimiento que de esa manera elevaba su temperatura corporal.

III

Dentro de las virtudes que emanaron de Charlotte Brown estuvo la de (en esos tiempos posteriores a la destrucción) ayudar a los desgraciados que se le aparecían y no querían someterse al hambre, ni vagar por los pozos que habían quedado remanentes en algunas áreas de Londres. Aquellos que, marcados por las habituales locuras derivadas de las acciones militares, caminaban como si ya no existiera el tiempo o sus ritmos apremiantes. Había protegido a cruciales pobres diablos sin hacer agrietadas especulaciones.

Sin embargo, para su esposo Horatio esos esfuerzos eran desdeñables. Se trataban de las vergonzosas prolongaciones de un conflicto del que se debía contabilizar al final. Afirmaba que era hora de despegarse de la guerra. Con egoístas irrupciones solía soltar agravios ante la solidaridad desplegada por su mujer hacia quienes eran perfectos desconocidos. Y los desencuentros se repetían hasta el punto que a eso ya lo efectuaba como si fuera una normal teatralización.

Incesantemente hacía agrias recriminaciones a su mujer. Él caminaba en diagonal por la ciudad para hacer algo de dinero, y no se sentía inspirado en ayudar a los menesterosos. Clavando su mirada al cielo raso, decía que ya habían ayudado a decenas y no soportaría hacerlo con uno más.

Un extraño episodio de fe hizo que Winston golpeara esa puerta, pidiendo a la mujer que le permitieran descargar sus intestinos (había dejado a un costado la recolectada leña cuyo peso le resultaba un tanto cruel). Lo hizo

impaciente como si no tuviera dudas que sería bendecido con su hospitalidad. Se mostró sonriente y esperanzado, y poseía la furiosa confusión de aquellos que habían perdido la noción de donde estaban.

Charlotte Brown le autorizó a utilizar su instalación sanitaria. También le ofreció un té con el proyecto de trabar una relación. Le propuso que descansase, que le contará la magnitud de los sueños que lo guiaban por el mundo. Quería saber si era un agradable fabulador o si tejía a la realidad con sus pasos.

Al entrar, Winston ni siquiera le dijo "gracias"; había logrado su objetivo y no perdió ni un minuto. Después de salir del baño, el hombre se lanzó a conversar, haciendo arriesgados equilibrios entre amabilidades y virulencias (cómo si estuviera en la Cámara de los Comunes). Y con una enigmática sonrisa anunció a la sorprendida mujer que el júbilo y el susto eran la misma cosa. Con esa frase se mostró interesado en reflexionar sobre los alcances de la guerra, y consolidar a través de un sabio relato los que el pueblo había padecido. Le explicó algunas de esas particularidades con un sutil tono de exploración, como si estas hubieran sido parte de sus experiencias vitales; proyectó nuevos puntos de vista con una pasión que en algunos momentos se vio afectada por reproches.

Por supuesto que para Charlotte quién había ingresado bajo el marco caoba de la puerta, junto con la prepotente luz solar que congestionó momentáneamente a sus ojos y llenó con color a los vidrios góticos de las ventanas de su casa, se trató de Ted Fergurson. Charlotte Brown era baja, tenía la pobre apariencia de un animal lechero, y su dedicación a los demás nunca empalideció por el trotar enloquecido de la guerra que la había llevado desde un costero pueblo meridional hasta el noreste de Londres.

La presencia de ese parlanchín mendigo le indicó que la guerra aún hacía fuertes resuellos. A pesar que hacía un buen tiempo que había terminado, sus consecuencias continuaban conformando a la animación ominosa de seres tristes y hambrientos. Charlotte observó la apariencia derruida de Fergurson, y cómo los bombardeos le habían dejado horrorosas marcas, y pese a todo este quería salir adelante apoyándose en las bienvenidas que le daba el sol y en lo bueno que se le apareciera. Es más, ese hombre que poseía una locuacidad ilimitada; daba la impresión de ser un sujeto de afiebrada inspiración, alguien que se separaba con majestuosidad del resto de los mortales…seguramente creía vivir en un palacio cuando su casa se habría convertido en una polvorienta interposición de escombros.

V

Maldiciendo la liviandad de Charlotte, entró Horatio haciendo redondeadas circunvalaciones para no pisar las ollas clavadas en el piso que retenían al agua que caían de las goteras. Se había enfrascado en la incansable

búsqueda de un nuevo culpable, sobre quien probaría con facilidad que deliraba. Frente a su mujer reinstaló sin titubear a juicios nada halagadores. Y a Ted le hizo una severa descalificación que según aseguró, salió de las profundidades de su alma. Su serena vida era permanentemente torpedeada por sujetos que aparecían anárquicos en su casa.

¡Por la Madre de Dios: Charlotte se figuraba que él aceptaría alegremente la presencia en su casa de otro personaje al que había que alimentar! La mujer con su estúpida bondad lo estaba matando. ¿Qué explicación le daría ésta vez? ¿Por qué le arruinaba otra velada de descanso acogiendo a un tipo de la calle? ¿Por qué siempre buscaba jorobarlo?

Winston dejó caer a la cucharita con que había revuelto al té humeante. Pero no impidió que ese hombre extendiera a su infelicidad con ociosos testimonios. Dejó que compilara una lista de quejas contra la mujer sin oponerle obstáculos formales. Paradójicamente la situación no dejaba de gratificarlo. Lo habían tomado en forma ininterrumpida y sin raras interpretaciones, como un prominente pordiosero. Estaba tranquilo. Más allá de esa constricción cumpliría con el designio de esperar que la luz solar bajase, para acabar con esa usurpación del tiempo que consideró más o menos legal. A la batahola abundante y dispersa que hizo ese hombre, la tomó como una insignificancia.

Horatio pidió a su mujer que expulse ese hombre. "¡Qué se vaya a otra parte de la ciudad!", le dijo durante ese día que hasta entonces había aparentado ser calmo, pero traía fantasmales arrestos de tormentas (en el cielo se habían acoplado rodantes cadenas de nubes grises).

Winston hizo una bondadosa concesión a las tendencias gritonas de ese sujeto: esperó que se agotara para anunciarle un luctuoso hecho ocurrido pocos años atrás. Dijo que en esa hora cada cual sabría quién realmente era si reunía al coraje de recordar. Levantándose de la silla y mirando a Brown fijamente, le dijo casi gruñendo que sabía que su hermano Charles había muerto valientemente durante una misión.

Eso produjo un cambio de humor: Horatio Brown se desligó de los plazos que le había puesto a su esposa y se sintió el propietario de un altísimo prestigio. Su hermano fue uno de los que habían permitido que Gran Bretaña se mantuviera invicta. Con ese soplo de información la relación de Churchill con ese desembarazado hombre pasó a ser cordial. El viejo Ted había tocado sus fibras íntimas, y ya no le encontró sentido a violentarse.

A Ted no le fallaron los detalles, y con una precisión que a Horatio le asombró, le contó cómo había caído su hermano en el frente. También le comunicó con franqueza las formas con qué se libró esa batalla

(poniéndose a favor del genial estadista que había sido).

VI

Charlando pasaron las horas hasta que alguien golpeó a la puerta. Utilizó golpes secos que casi marcó una melodía. En esa final sección del día en el que se manifestaron la ingenuidad y una voluntad inquebrantable, y que estaba siendo demolida por vientos oscuros que levantaban los toldos de los escaparates de las tiendas y hacían que las ramas de arrastrados árboles crujieran con asiduidad, una mujer de mediana edad entró murmurando palabras respetuosas por encontrar en esa morada a Winston Churchill. Se envolvía con una torpe expresión de expectación a partir de sus ojos dilatados. ¿La suya era una súbita mentira o la alucinación de alguien que se aferró a un espejismo? Las cosas estaban tomando una orientación ridícula, pero dentro del subsecuente silencio esa posibilidad dejó de ser inimaginable. Reaccionando, Horatio Brown juzgó deplorable a la situación: Esa ignota mujer era otro de los frecuentes personajes desvalidos que se creía con derecho de entrar así nomás en su casa. Y proporcionaba una identidad supina a quien el matrimonio conoció como Ted Fergurson.

La calle (ya nocturna) atrajo a otros personajes: los agentes de seguridad y un renombrado fotógrafo (además, con la puerta abierta llegó el frescor del viento y varias de sus emanaciones sanadoras). Surgieron diálogos, variaciones de coloquiales de los que arrimaban ceñidos saludos a Winston, y distinciones que lo nominaban como un político que sabía mezclarse con el pueblo. La tranquila reunión de tres personas se transformó en un torbellino. Y los Brown dejaron de ser la audiencia del tal Fergurson, para convertirse en actores de una insondable obra de la que no sabían nada. Vanas personas habían dado vueltas por su hogar con apresurados afanes y rostros llenos de sonrisas.

La mujer que llegó primero y cuyo nombre era Evelyn Mcguir, ensalzó a Charlotte, mientras el fotógrafo sacaba fotos a “Ted Fergurson” junto a la pareja a la que le costaba adecuarse a esa situación. ¿Había Winston Churchill ingresado realmente en las estrechas paredes de su casa? Eso les seguía pareciendo inverosímil. ¿Para que necesitaría armar ese alboroto el ex ministro que con sólo anunciarse sería enaltecido en todos los lugares a los que se le ocurriese concurrir? De golpe, los Brown fueron aclamados y recibieron rotundas felicitaciones de quienes se habían agrupado dentro de la casa. Winston se sacó el maquillaje y declaró su verdadera identidad. Y pidió a su anfitriona que lo visitara en su residencia de Chartwell en donde le daría sus puntos de vista más detenidamente. En esa invitación no excluyó a Horatio Brown quién al reconocer la figura de perro bóxer del aristocrático político inglés, se disculpó por sus infundados arranques de ira. Los Brown no supieron por qué Churchill acometió esa empresa, y éste, se limitó a desdeñar las lamentaciones de Horatio, y entregar a Charlotte un cheque que "no era más que una

onza de la generosidad con que lo recibieron en ese día" (su secretaria, Evelyn Mcguir, le acercó la chequera puesto que Winston había entendido que hubiera sido hacer trampa el cargar con ese talonario cuándo se había comprometido a no llevar dinero).

La guerra había probado que la gente era solidaria y Churchill tenía una nueva anécdota para contar de su vida, y una foto que mandaría inmediatamente a Joseph Stalin para que la cuelgue en el hall central de su dacha. En ésta se lo vería sonriente con los Brown, cuyas gesticulaciones habían sido capturados por el fotógrafo cuando intentaban desarticular al estupor que se había empotrado en sus rostros. Ahora el dictador borracho comprobaría que su contrincante fue pobre por algunas horas y que sobrevivió con dignidad a la pobreza.

Winston Churchill sintió felicidad por haber superado exitosamente al desafío de Joseph Stalin. Pronto, el hombre comenzaría el tránsito hacia una edad muy avanzada en la que se perdían las creencias engorrosas y las proporciones simples. La marcha del auto que lo quitó de Hackney jamás se detuvo. Se había sentado al lado de Evelyn durante el viaje, que después de escuchar con apacibilidad algunos gruñidos especulativos de su jefe, le contó anécdotas de sus hijos que siempre se hallaban en el centro de su interés. Y le recordó la obligación que había contraído para el día siguiente, la que, por una no identificable razón le produjo a Winston un desflecado brote de melancolía.

Fin